



LA ROMANTICA AVENTURA DE DON DIEGO DE BERASALUCE, DEL PEQUEÑO REGIMIENTO DE PEQUEÑOS DRAGONES

1. La visita al ginecólogo: Primera parte.

Después de profundizar con su guante de goma en la sima de la paciente, el ginecólogo Don Florencio Barbirol enarcó las cejas y preguntó sorprendido>

¡Hola!. ¿Algún vicio inconfesable?.

La distinguida dama ocultó su rostro bajo las manos, avergonzada. Su indigna postura le parecía impropia de una señora como ella, viuda de un brigadier isabelino que alcanzó los más preciados honores de la carrera militar.

- ¡Oh! -musitó- Por supuesto que no. Pero ¿a qué obedece la pregunta?.

El ginecólogo se quitó los anteojos, carraspeó por dos veces y se sentó junto a ella. En tono confidencial, dijo.

- Señora. Su vagina presenta síntomas de oxidación.

"¿Oxidación?. ¡Qué divertido! Como si hubiera fornicado con una de esas llaves herrumbrosas que una encuentra cuando visita las ruinas del monasterio... Pero ¿por qué tengo yo que consentir tan arriesgada profecía de un ginecólogo?. ¡Vamos, hasta ahí

podíamos llegar! ... ¿Qué se habrá creído?".

La distinguida dama se subió las bragas, se ajustó el ligero, se enganchó las ligas, se encorsetó la faja, se ciñó el polisón y se bajó la larga falda de su traje. Después se peinó ante el espejo. Pidió su sobretodo, se colocó el sombrero, cogió su bolso y se despidió del doctor.

- Hasta otro día, señora... Ya le mandaré el diagnóstico definitivo.

Ella sonrió. Pero con la misma impasibilidad con que había aceptado el parecer del galeno, levantó su mano y le propinó una sonora bofetada en la mejilla derecha.

- Compréndalo, doctor -aclaró- Yo soy una dama, y no puedo admitir que ni usted ni nadie me humille diciendo que tengo la vagina oxidada.

El doctor, perplejo, no supo reaccionar.

2. Fragmentos del diario de Don Diego de Berasaluce.

Científicamente hablando es imposible que un arriesgado oficial de caballería de hojalata, pura chapa y pintura de colores, dos mitades unidas entre sí por lengüitas diminutas, monte a caballo, dirija una carga, gane batallas, sea condecorado y finalmente, en plena borrachera de honores y homenajes, conozca a una distinguida dama de la alta burguesía y quede irremisiblemente prendado de sus encantos.

Pero científicamente hablando se destruyen muchas cosas, y de entre ellas una de las más importantes es precisamente la vida de los juguetes. Si no creemos en la vida de los juguetes no creemos en la infancia. Y el hombre que en algún momento de su vida suelta todas las amarras que le mantienen unido con la niñez, deja de ser automáticamente hombre para convertirse en una especie de bestezuela a la que más le valiera encontrar la muerte.

Así que dejemos a un lado la ciencia y conozcamos los hechos que dieron origen al extraño diagnóstico del ginecólogo.

Del Diario del Capotán Diego Berasaluce, con destino en el Pequeño

Regimiento de Pequeños Dragones de la Reina en algún pueblecito de España.

11 de Enero de 1.868

En España, por lo visto, todos somos muy listos. Los militares por ejemplo no sólo constituimos el último y más firme baluarte defensivo de la patria, sino que además manejamos desde la sombra las marionetas de la política. Y además tenemos ganado el prestigio de gente bien. Así, a primera vista, yo no lo parezco, porque no me esmero. Tendría que redactar estas mismas líneas con un estilo literario mucho más grandilocuente y solemne, invocando frecuentemente los sagrados nombres de mi patria España y de mi reina Isabel.

Pero dejando al margen esta circunstancia, he de dejar bien sentado que me considero todo un señor protagonista de la Historia. Así, con mayúscula.

España se descompone. ¡Madre mía la que se va a armar! ¿Y por qué?. Pues por lo que ha venido sucediendo en toda Europa desde el 48. "Mire, mi capitán, me decía el otro día mi ayudante. La gente está hasta las reales pelotas de que le hablen en voz alta y no le concedan derecho ni a responder. Los Borbones se han pasado, y esto les da a costar caro". Lo malo es que tenía razón, y no le supe decir nada.

12 de Marzo de 1.868

Hoy me he mirado largamente en el espejo, y me he encontrado francamente ridículo. Soy un oficial de caballería de hojalata, y así nunca lograré encaramarme al podio de los triunfadores, que es lo que soñamos todos. Ni siquiera estoy seguro de que este pequeño regimiento de Pequeños Dragones esté muy bien visto.

20 de Mayo de 1.868

El soldado de la clase de tropa Coscolín -extraño nombre para un miembro de la milicia- me ha dicho que era un gran capitán, y eso me ha reconfortado. "Capitán, usted las puede dar todas". Ciertamente: un día conquistaré un Cipango dorado, y lo pondré a los pies de una Dulcinea que se cruce por delante de mi cabalgadura.

22 de Julio de 1868

Este pueblo es una cochambre. No hay agua, tabaco ni brandy. Ahora con el calor los visitantes más numerosos **ir** son las moscas. El otro día, en el cuerpo de guardia, desenvainé el sable y partí el aire de un fortísimo mandoble. Ensarté dos moscardones por la mitad, y eso me llenó de pesadumbre. "¡Señor!, me dije hundiendo la cabeza entre las manos. "¿Qué papel puede reservar la Historia a un Capitán del Pequeño Regimiento de Pequeños Dragones que está destinado en una pocilga como ésta, donde los tánicos enemigos son las moscas?"

Un cabo cometió la imprudencia de asistir a mi reflexión, y se rió a hurtadillas. Le agarré de una oreja y ordené su arresto. Luego el sargento me comunicó que se había ido tan contento al calabozo. "Es un marrano^{1º}", añadió. "Busca la oscuridad del calabozo para invocar a una novieta que se llama Jerónima mientras emplea sus manos en labores menos decorosas que limpiar las letrinas que ya es decir, mi Capitán".

"¡Señor!^º, repetí. "¿Es esta la clase de tropa que necesita un oficial con mis sueños de gloria?". Y me conformé con pensar que allá en las Alturas alguien de bien probado sentido común, negaba con su egregia cabeza.

30 de julio de 1.868

Aburrido de mi pequeñez, he decidido pronunciarme. Según me he enterado, esto está muy de moda, y admite tanto a auténticas celebridades del ejército como a pintorescos ceros a la izquierda, como lo es este capitán de hojalata (es decir, servidor). Todo consiste en ser un idealista y en tener redaños. Formas a la tropa, les diriges una arenga y al final reclamas un grito unísono. "¡Soldados!. ¡Por una España con honra! ¡Muera el absolutismo borbónico!.

¡Viva la Revolución!". Y luego, a esperar los acontecimientos. Yo tengo preparada una seria matanza de moscas, para incorporar al menos una batalla a mi hoja de servicios. Pero no me gustaría que hubiera excesivo derramamiento de sangre, porque luego la toman con uno y le cuelgan la fama de cruel y déspota. Hay que fastidiarse, que le digan eso a uno, harto de respetar la vida de las amapolas del campo. Y las pobres moscas porque son unas marranas y se pasan la vida de moñigo en moñigo, que si no, había indulto hasta para ellas.

14 de agosto de 1.868

Me desespera la incertidumbre. Hace un calor espantoso y la pesantez del sol tiene mis nervios en constante ebullición. Por otra parte, aguardo vacilante mi propia decisión. La vida de un regimiento de Pequeños Dragones de hojalata no puede ser externamente más monótona. Sólo la rica espiritualidad de nosotros, los juguetes, permite construir castillos en el aire como el que llevo planeando desde varios meses atrás. Al fin olfateo el aroma de la gloria - Dios permita que no me equivoque-. Y mi gallarda estampa, incomprensiblemente tenida por algunos como inútil ^{1º} bibelot ^{ºº} para galopines recién destetados, se verá honrada por reconocimientos públicos, homenajes y condecoraciones. Presiento que va a sonar la hora de la justicia.

1 de Octubre de 1.868

Ayer me pronuncié. Fue toda una gesta. Formada la tropa les dirigí una patriótica arenga de la que no puedo eludir la tentación de reproducir los párrafos finales. "¡Soldados!. La patria exige nuestro levantamiento para rescatar sus libertades y conquistar el progreso. ¡Pequeño Regimiento de Pequeños Dragones: Muera Isabel III!. ¡Viva la Revolución!. ¡Arriba España!".

Fue una jornada gloriosa. Mientras discurseaba el sol refulgía en los soldados hojalatescos, lo cual daba mayor marcialidad a la brillante parada. Ciertamente, un pequeño Dragón de Hojalata siempre tiene una estúpida cara de pánfilo. Pero el espíritu de mis hombres podía derrotar ayer al más fiero enemigo.

A continuación, y bajo la advocación de una revolución de cuyo contenido nadie estaba

muy seguro, hicimos la batalla. Las primeras cargas fueron una hermosa lección de estrategia militar, sabiamente dirigida por mí desde el puesto de mando, Cayeron decenas de moscas. Desgraciadamente, mis soldados no supieron digerir la gloria de ser los claros vencedores, y pronto la lucha degeneró en "massacre". Ordené un alto al fuego y nos dedicamos a tomar prisioneros. Como la soldadesca es brutal y sucia en sus instintos, rápidamente se preocuparon de enterarse cómo se violan moscas y cómo se castran moscardones. Una oportuna y enérgica alocución recordando el significado del glorioso uniforme que vestíamos fue suficiente. Sin embargo algunas jóvenes mosquillas fueron bárbaramente torturadas. ¡Qué puerca especie humanal...

Al acostarme, agotado, di gracias al cielo por abrirme las puertas de la fama. Ahora sospecho que no voy a poder evitar sentirme orgulloso. Un pequeño capitán del pequeño cuerpo de Pequeños Dragones puede ser un gran estratega, un corazón admirable y un formidable patriota. Me había propuesto demostrármelo a mí mismo, y el tiempo me ha dado razón.

8 de octubre de 1.868

Cuando he abierto el telegrama del Capitán General, inequívoca respuesta al que le mandé comunicándole mi personalísimo pronunciamiento, que suponía me iba a costar una abierta hostilidad con el orden establecido, he leído atónito las siguientes palabras. "Triunfantes Topete en Cádiz y Serrano en Alcolea las tropas se dirigen Madrid para proclamar Gloriosa Revolución a la que con tanta brillantez ha contribuido Pequeña Regimiento de Pequeños Dragones y su eximio capitán Diego Berasaluce a quien Capitán General manda cordial enhorabuena prometiendo ascenso empleo General. ¡Viva España!".

Y me he quedado de una pieza. ¿Va a resultar ahora que yo, Diego Berasaluce, un insignificante oficial de Pequeños Dragones, y de hojalata por añadidura...?.

3. Ecos de Sociedad de la época

La primera parte de los hechos que dieron lugar al pintoresco diagnóstico de] doctor pueden darse por concluidos con esta frase interrumpida del a partir de entonces General Berasaluce.

La segunda daría lugar a una minuciosa y larga crónica de ecos de sociedad de la época, en la que el tema principal sería el baile de Gran Gala que tuvo lugar en los salones del Palacio Real, presidido por el General Serrano, nuevo regente del reino, y su esposa, y al que asistieron las principales figuras del levantamiento que de la noche a la mañana había cambiado la faz política de España. Confiamos esta crónica a la pluma de un perspicaz observador anónimo.

ECOS DE SOCIEDAD

Baile de Gran Gala en los Salones del Palacio Real.

Con motivo del triunfo en toda España de la Revolución llamada Gloriosa, que ha derrocado a la gordezuela y cachondilla reina Isabel II y a su corte de mancebos, lameculos y proxenetas, se celebró en la tarde de ayer, en medio de sin igual fasto y esplendor el Baile de Gran Gala, presidido por el Regente del Reino General Serrano y su esposa.

Al baile asistieron numerosas personalidades civiles y militares, luciendo sus mejores galas. Encantadores señoras de la buena sociedad de toda la vida embujaron con sus gasas y perfumes a los triunfadores de Alcolea, así como al humilde recién ascendido General de hojalata Don Diego de Berasaluce, que al frente del Pequeño Regimiento de Pequeños Dragones supo pronunciarse muy oportunamente en bien de la patria, y aniquilar cientos de moscas de marcado talante absolutista.

Al afamado héroe, que lucía casaca azul, pantalones rojos flanqueados por doradas jarreteras y botas altas, así como numerosas condecoraciones en su pecho y un flamígero sable de empuñadura recamada en piedras preciosas, le fue presentada la encantadora dama Doña Gertrudis Pancorbo, marquesa Viuda de Bizcochera, que exhibía maravilloso traje de organza de medio luto, y que no accedió a bailar un vals en atención al reciente fallecimiento del Marqués de Bizcochera, acaecido en 1.855.

Los recién presentados brindaron con champaña francés por su conocimiento, el cual fue muy comentado entre los asistentes a la fiesta, dada la personalidad del General Berasaluce, que de modesto capitán de hojalata ha saltado a primer plano de la actualidad por su heroico comportamiento al frente de sus hombres.

4. Del epistolario de Doña Gertrudis

Hasta ahí la fría crónica de los hechos. Examinados éstos en profundidad en modo alguno dan pie para justificar el diagnóstico del conocido ginecólogo Don Florencio Barbirol que ustedes habrán leído a principios de este relato. ¿Qué ocurrió después del brindis de] General Berasaluce y la Marquesa de Bizcochera?.

Científicamente hablando es imposible que una mujer como la marquesa de Bizcochera sintiera jamás la menor inclinación por un monigote como, según muchos puntos de vista era Don Diego de Berasaluce. Pero científicamente hablando, como ya adelantamos antes, el mundo sería aburridísimo, y los juguetes dejarían de ser juguetes para convertirse en objetos incapaces de inspirar la menor emoción en un niño.

Por eso seguimos el hilo del relato interponiendo entre la realidad y la fantasía una cortina gaseosa, que envuelve ambas en un todo difícilmente separable.

Carta de la Marquesa de Bizcochera al General Don Diego de Berasaluce.

Madrid, 28 de Octubre.

Querido amigo.

Desde que tuve la inmensa suerte de conocerle, no he dejado de pensar por un momento en las lengüetas de chapilla que unen sus dos mitades. Siempre me he sentido subyugada por los hombres que tienen en su físico alguna originalidad. Mi difunto marido (q.e.p.d.) llevó marcada subarvilla desde su niñez por una cicatriz, producto de un mordisco que su hermano el Conde de Rupilanchas le propinó un día por un quítame allá esas pajas. Mi prima y amiga Doña Rosa de Cremades sostiene que tamañas lengüetas son cicatrices que blasonan de su valentía, pero yo me inclino a pensar que se trata de caprichosas formaciones de origen foruncular. ¿Qué me dice usted a eso?.

Atentamente suya
Gertrudis

5. El milagro del amor

Fácil es comprender que a partir de esta carta las relaciones amistosas del General de Pequeños Dragones y la ilustre dama se estrecharon. Ora era un paseo por el Retiro, ora un consomé en Lhardy, pero el caso es que don Diego no dejaba pasar un día sin entrevistarse con su buena amiga, la cual por su parte confesaba en las tertulias a que asistía que jamás había conocido militar tan arrogante y original. Parecía que iba a nacer la más extraña y al mismo tiempo enternecedora historia de amor que se puede imaginar.

Del diario de Don Diego de Berasaluce

17 de diciembre de 1.868

¿Se ha acabado el oscuro capitán de Pequeños Dragones?. ¿Murió para siempre el tímido, el acomplejado, el hojalatín sin porvenir, el deshecho de la humanidad, el eternamente condenado al fracaso?.., Yo la amo, ¡por Dios que la amo!. Pero. ¿qué puedo ofrecerle a una mujer?.

¿Mí espada?. ¿Mí ros?

Hoy la he mandado un ramo de rosas con una esquelita en la que había escrito un delicado poema de amor. Pero eso es todo, me temo. Pensé que iba a ser toda la vida un juguete de niños, glorificado todo lo más por la hazaña de haber matado unas cuantas moscas, cuando de repente me encuentro convertido en un capricho de una de las damas más bellas, elegantes y delicadas que he visto nunca...

¿Será que nunca debí pronunciarme?. ¿Será que me viene ancha la gloria? ¿O será un sueño maravilloso, a punto de fundirse con la realidad y que acabará por descolgarme en ella?

Hasta que una tarde de dorado crepúsculo, en los jardines de Aranjuez, donde pasaban el día la

exótica pareja, un milagro ocurrió entre ambos, ciertamente inexplicable, porque la Marquesa sintió que una ciega fuerza de amor la poseía, y tratando de abrazar aquel vendaval de besos y sollozos sólo encontró un cuerpo de hojalata, que vibraba como si en su interior, el cráter de un volcán hubiera entrado en erupción para dejar escapar de su rugiente garganta la lava ardiente de la pasión.

"¡Qué experiencia tan maravillosamente ridícula!", pensaba mientras veía estallar su ligero en la algidez de su entrega al pequeño general de Pequeños Dragones.

6. Lavisita al ginecólogo - Segunda parte

Al recordar todo esto la Marquesa, que salía de la consulta de Don Florencio Barbirol, se enjugó una lágrima con un guante. Sacó una cajita de rapé de subolso y aspiró por dos veces. Luego, dio media vuelta y subió de nuevo las escaleras. Llegó jadeante, pues Don Florencio tenía la consulta en un tercer piso. Y no tardó éste, que aún no se había repuesto del estupor que le produjo el ser tan violentamente abofeteado, en darse cuenta.

...¿Tanta prisa tiene por castigar mi otra mejilla? -preguntó con una dubitativa media sonrisa.

- ¡Oh!, no, todo lo contrario... Venía a pedirle disculpas...

El Doctor se frotó los ojos. Habla algo extraño en aquella mujer. Sus reacciones, su oxidación vaginal... En su larga carrera no había conocido un caso semejante.

- Bueno - interrumpió con ánimo de hacerse el enterado - En realidad ... no no está claro que sea óxido... Faltan los análisis definitivos... Pero... yo creí que... Sí, claro, comprendo que es extraño, pero...

- No se preocupe, Doctor. Es maravilloso descubrir que una mujer como yo es capaz de llegar a eso...

El Doctor abrió los ojos horrorizado. ¿Era un monstruo aquella mujer?. ¿A qué clase de aberración había llegado para poder proclamar su pecado?...

- En fin -interrumpió la señora- ...Dígame al menos si hay esperanzas.

- ¿Esperanzas de qué?.

- Doctor -sonrió la Marquesa con ánimo de sacarle de apuros... Quiero decir que si al menos ha encontrado usted síntomas de embarazo.

Don Florencio se desplomó pesadamente en su sillón. Con una manga de su bata se secó el sudor que penaba su frente. Movi6 la cabeza negativamente mientras con sílabas entrecortadas sentenciaba.

- Nin...ninguno. No... no está embarazada.

La sonrisa de la Marquesa se heló en sus labios. Dio media vuelta, y se encaminó de nuevo a la salida.

- Gracias, doctor. Mándeme la minuta a casa.

Y paso a paso, tragándose su líquida tristeza, la Marquesa de Bizcochera volvió con su solitaria viudez. Por el camino, mientras evocaba su romántica aventura con el pequeño general del pequeño Regimiento de Pequeños Dragones, se lamentaba de que el héroe de hojalata no hubiera dejado en su cuerpo la semilla que perpetuara aquélla diminuta grandeza de espíritu que le llevó a sostener una batalla contra las pesadas moscas de un día de septiembre de 1.868.

Luis Figuerola-Ferretti Gil